

Unidad en la Trinidad, Trinidad en la Unidad



El Espíritu Santo es el vínculo de unidad que adoramos junto con el Padre y el Hijo.

El restablecimiento de la unidad entre los cristianos no nos empobrece, al contrario, nos enriquece. Como en Nicea, este propósito sólo será

posible mediante un camino paciente, largo y a veces difícil de **escucha y acogida recíproca**.

Se trata de un desafío, por ello necesitamos un ecumenismo espiritual de oración, alabanza y culto, como sucedió en el Credo de Nicea y Constantinopla. Invoquemos, pues, al Espíritu Santo, para que nos acompañe y nos guíe en esta obra:

«Santo Espíritu de Dios, tú guías a los creyentes en el camino de la historia.

Te damos gracias porque has inspirado los símbolos de la fe y porque suscitas en el corazón la alegría de profesar nuestra salvación en Jesucristo, Hijo de Dios, consubstancial al Padre. Sin Él nada podemos.

Tú, Espíritu eterno de Dios, de época en época rejuveneces la fe de la Iglesia. Ayúdanos a profundizarla y a volver siempre a lo esencial para anunciarla.

Para que nuestro testimonio en el mundo no sea inerte, ven, Espíritu Santo, con tu fuego de gracia, a reavivar nuestra fe, a encendernos de esperanza, a inflamarnos de caridad.

Ven, divino Consolador, Tú que eres la armonía, a unir los corazones y las mentes de los creyentes. Ven y danos a gustar la belleza de la comunión.

Ven, Amor del Padre y del Hijo, a reunirnos en el único rebaño de Cristo.

Indícanos los caminos que hay que recorrer, para que con tu sabiduría volvamos a ser lo que somos en Cristo: una sola cosa, para que el mundo crea. Amén.

Vaticano, 23 de noviembre de 2025, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

LEÓN PP XIV

SV-TR-42-08

Equipo Laico al servicio de la Pastoral

Semilleros de Vocaciones

Tema de Retiro 43: “IN UNITATE FIDEI”

De S.S. LEÓN XIV

CARTA APOSTÓLICA

EN EL 1700 ANIVERSARIO DEL CONCILIO DE NICEA

1. En la unidad de la fe, desde los orígenes de la Iglesia, los cristianos están llamados a caminar unidos, custodiando y transmitiendo con amor y con alegría el don recibido.

Lo que profesamos en el Credo: *«Creemos en Jesucristo, Hijo único de Dios, que por nuestra salvación bajó del cielo»*, se estableció en el Concilio de Nicea, el primer acontecimiento ecuménico (universal) de la historia del cristianismo, hace 1700 años. Mientras el Papa León XIV viajaba a Turquía, escribió: *“con esta carta deseo alentar en toda la Iglesia un renovado impulso en la profesión de la fe.”*

2. Jesucristo hijo de Dios: así san Marcos titula su Evangelio. El apóstol san Pablo sabe que está llamado a anunciar el Evangelio de Dios sobre su Hijo muerto y resucitado por nosotros. El Verbo que era Dios antes de los tiempos *“se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn I, 14). En Él, Dios se ha hecho nuestro prójimo.

En este Año Santo dedicado a Cristo, es una coincidencia que se celebre también el 1700 aniversario del primer Concilio Ecuménico de Nicea, en el que se proclamó la profesión de fe cristiana. En la celebración eucarística dominical pronunciamos nuestra profesión de fe, que une a todos los cristianos y nos da la esperanza en estos tiempos difíciles que vivimos de guerra, injusticias, hambre y miseria.

3. Los tiempos del Concilio de Nicea del año 325, eran turbulentos, había algunas heridas de las persecuciones contra los cristianos. Con el Edicto de tolerancia de Milán de los emperadores Constantino y Licinio se inició una era de paz, aunque seguían las amenazas y surgieron disputas y conflictos en la Iglesia.

Arrio, presbítero de Alejandría de Egipto, enseñaba que Jesús no es verdaderamente el Hijo de Dios; pero tampoco una simple criatura, sería un ser intermedio entre el Dios lejano y nosotros.

SV-TR-43-01

Dios no abandona a su Iglesia, cuenta con hombres y mujeres valientes, que fueron testigos de su fe y pastores que guían al pueblo por el camino del Evangelio. Uno de ellos fue el obispo de Alejandria llamado Alejandro que se dio cuenta de que las enseñanzas de Arrio no eran coherentes con la Sagrada Escritura, tras no resolver este conflicto, Alejandro convocó a los obispos de Egipto y Libia a un sínodo, condenando las enseñanzas de Arrio y enviando una carta a los demás obispos de Oriente para informarles detalladamente. En España el obispo Osio de Córdoba ferviente confesor de la fe, resistió las persecuciones del emperador Maximiano, y que gozaba de la confianza del obispo de Roma, el Papa Silvestre.

Los seguidores de Arrio se reunieron, generando así una de las mayores crisis de la historia de la Iglesia que involucra el centro de la fe cristiana, involucrando la pregunta decisiva que Jesús planteó a sus discípulos en Cesárea de Filipo: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy?» (cfr. Mt 16,15).

4. El emperador Constantino, al ver que la controversia religiosa amenazaba la unidad de la Iglesia y la del Imperio, convocó a un Concilio Ecuménico en Nicea para restaurar la armonía. Este sínodo, conocido como el de los *318 Padres*, reunió a un número de obispos sin precedentes, muchos de ellos aún marcados por las persecuciones. La mayoría provenía de Oriente y solo unos pocos de Occidente.

5. Los Padres del Concilio dieron testimonio de su fidelidad a la Sagrada Escritura y a la Tradición Apostólica. Jesús a todo bautizado le encomendó *“Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (Mt 28, 19).

En Occidente existían diferentes formas de orar, entre ellas el llamado Credo de los Apóstoles.

El Credo niceno comienza profesando: “Creemos en un solo Dios Padre Todopoderoso, creador de todas las cosas, de la visibles y de las invisibles”.

Los padres conciliares expresaron la fe en el Dios uno y único. En el concilio todos los Padres estuvieron de acuerdo. Se debatió, un segundo artículo, que utiliza también el lenguaje de la Biblia para profesar la fe en

En el seguimiento de Jesús, la subida a Dios pasa por el abajamiento que es la entrega a los hermanos y hermanas, sobre todo, a los más pobres, a los abandonados y marginados. Lo que hayamos hecho al más pequeño de estos, se lo hemos hecho a Cristo

Estamos **llamados a dar testimonio** de la misericordia de Dios a las personas que dudan de Él, sobre todo en las catástrofes, las guerras y la miseria, **para que experimenten su misericordia** a través de nosotros.



12. El Concilio de Nicea es actual por su altísimo valor ecuménico: la unidad de todos los cristianos que fue uno de los objetivos principales del último Concilio, el Vaticano II.

En los últimos sesenta años, el diálogo ecuménico nos ha llevado, sobre la base del único bautismo y del Credo niceno–constantinopolitano, a reconocer a nuestros hermanos en Jesucristo en los hermanos de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales. Ellos y nosotros compartimos la fe en el único y solo Dios, Padre de todos los hombres, confesamos juntos al único Señor y verdadero Hijo de Dios, Jesucristo y al único Espíritu Santo, que nos inspira y nos impulsa a la plena unidad y al testimonio común del Evangelio.

¡Realmente lo que nos une es mucho más de lo que nos divide! En un mundo dividido y desgarrado por muchos conflictos, **la única Comunidad cristiana universal puede ser signo de paz** e instrumento de reconciliación, llevándonos a un compromiso mundial por la paz.

San Juan Pablo II nos ha recordado el testimonio de los numerosos mártires cristianos procedentes de todas las Iglesias y Comunidades eclesiales: su memoria nos une y nos impulsa a ser testigos y constructores de paz en el mundo.

Para ejercer este ministerio debemos caminar juntos para alcanzar la unidad y la reconciliación entre todos los cristianos. El Credo de Nicea puede ser la base y el criterio de referencia de este camino, un modelo de verdadera unidad en la legítima diversidad.

El Credo de Nicea nos invita entonces a un examen de conciencia: a pensar con el corazón. ¿Qué significa Dios para mí y cómo doy testimonio de la fe en Él? ¿Es Dios el único Señor de mi vida, o hay cosas más importantes para mí que Dios y sus mandamientos? ¿Es Dios para mí el Dios viviente, el Padre al que me dirijo con confianza? ¿Es el Creador a quien debo todo lo que soy y lo que tengo? ¿Estoy dispuesto a compartir los bienes de la tierra, que pertenecen a todos? ¿Cómo trato la creación, que es obra de las manos de Dios, la uso con reverencia y gratitud, o la exploto, la destruyo, en lugar de custodiarla y cultivarla como casa común de la humanidad?

11. En el centro del Credo niceno–constantinopolitano destaca la profesión de fe en Jesucristo, nuestro Señor y Dios. Este es el corazón de nuestra vida cristiana. Por eso nos comprometemos a seguir a Jesús como Maestro, compañero, hermano y amigo.

Pero el Credo niceno pide más, no hemos de olvidar que Jesucristo es el Señor (*Kyrios*), el Hijo del Dios viviente, que «*por nuestra salvación bajó del cielo*» y murió «*por nosotros*» en la cruz, abriéndonos el camino de la vida nueva con su resurrección y ascensión.

Ciertamente, el seguimiento de Jesucristo no es un camino ancho y cómodo, pero este sendero, a menudo exigente o incluso doloroso, conduce siempre a la vida y a la salvación.

Seguir al Señor **compromete** nuestros pasos en el camino de la cruz, que por medio de la **conversión** nos conduce a la santificación y a la divinización.

Si Dios nos ama con todo su ser, entonces también nosotros debemos amarnos unos a otros. No podemos amar a Dios, a quien no vemos, sin amar también al hermano y a la hermana que vemos. Amar a Dios sin amar al prójimo es hipocresía; el amor radical al prójimo, sobre todo el amor a los enemigos sin el amor a Dios es un acto difícil.

«*un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios*». Para responder a la cuestión planteada por Arrio acerca de cómo debía entenderse la afirmación “*Hijo de Dios*”.

Los Padres confesaron que Jesús es el Hijo de Dios, con esta definición los Padres rechazaban radicalmente la tesis de Arrio.

Los Padres de Nicea quisieron permanecer firmemente fieles al monoteísmo (un solo Dios) bíblico y al realismo de la encarnación. Quisieron reafirmar que el único y verdadero Dios no es inalcanzable lejano a nosotros, sino que, por el contrario, se ha hecho cercano y ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo.

6. Para expresar su mensaje en el lenguaje sencillo, el Concilio retoma algunas palabras que se dicen en el bautismo: «*Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero*»: porque: «*Dios es luz*» (1 Jn 1,5; cfr. Jn 1,4-5).

Como la luz que irradia y se comunica a sí misma sin disminuir, así el Hijo es el reflejo de la gloria de Dios y la imagen de su ser. El Hijo encarnado, Jesús, es por ello la luz del mundo y de la vida. Por el bautismo, los ojos de nuestro corazón son iluminados para que también nosotros podamos ser luz en el mundo.

Finalmente, el Credo afirma que el Hijo es «*Dios verdadero de Dios verdadero*».

En muchos pasajes, la Biblia distingue a los ídolos muertos del Dios verdadero y viviente. El Dios verdadero es el Dios que habla y actúa en la historia de la salvación: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que se reveló a Moisés en la zarza ardiente (cfr. Ex 3,14), el Dios que ve la miseria del pueblo, escucha su clamor, lo guía y lo acompaña a través del desierto con la columna de fuego (cfr. Ex 13,14). El cristiano es llamado, a convertirse de los ídolos muertos al Dios vivo y verdadero.



7. El Credo de Nicea, profesa la fe en Dios que nos ha redimido por medio de Jesucristo, es claro que las afirmaciones cristológicas de fe del Concilio están insertas en la historia de la salvación entre Dios y sus criaturas.

San Atanasio, subraya repetidamente y con eficacia la dimensión soteriológica que el Credo niceno expresa, solo si el Hijo, Jesucristo es verdaderamente hijo de Dios esto es posible: ningún ser mortal, puede vencer a la muerte y salvarnos; solo Dios puede hacerlo.

El Credo de Nicea resalta, el verbo *descendit* (descendió) san Pablo describe “[Cristo] se anonado así mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres” (F1p2,7) es precisamente por su encarnación que encontramos al Señor en nuestros hermanos más necesitados. El Credo niceno habla, de un Dios que está cerca de nosotros. Su inmensidad se manifiesta en el hecho de que se hace pequeño, y se despoja de su infinita majestad. Se agrega otra palabra reveladora, la afirmación bíblica (se hizo carne). Nicea toma así distancia de la falsa doctrina según la cual habría asumido solo un cuerpo como revestimiento exterior pero no el alma humana. Y afirma lo que el Concilio de Calcedonia, el hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros los hombres pudiéramos ser divinizados.

La divinización nos protege de la tentación primordial de querer ser como Dios aquello que Cristo es por naturaleza nosotros lo llegamos hacer por gracia. Dios no solo ha restaurado nuestra dignidad humana, nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina.

La divinización es, por tanto, la verdadera humanización. ¡Solo Dios satisface al hombre! y por eso ha querido hacerse nuestro hermano y redentor.

8. Nicea rechazó las enseñanzas de Arrio y sus seguidores no se rendían, desencadenando así otros graves conflictos.

La roca del Credo niceno fue San Atanasio quien fue expulsado hasta cinco veces de la sede episcopal de Alejandría, regresando a ella como obispo. Incluso desde su exilio continuó guiando al Pueblo de Dios mediante sus escritos y cartas.

A ejemplo de Moisés, Atanasio no pudo entrar en la tierra prometida de la paz eclesial, pues esta gracia se reservó a una nueva generación,

conocida como los “jóvenes nicenos”. Los tres Padres capadocios, San Basilio, “el Grande” san Gregorio de Nisa, san Gregorio Nacianceno llevaron a término la formulación del Credo niceno, mostrando que la Unidad y la Trinidad en Dios no están en absoluto en contradicción.

En este contexto se formuló el artículo de fe sobre el Espíritu Santo en el primer Concilio de Constantinopla del año 381. Así, el Credo, que desde entonces se llamó Niceno-Constantinopolitano, dice: «*Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre. Con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y ha hablado por medio de los profetas*».

Desde el Concilio de Calcedonia, en 451, el Concilio de Constantinopla fue reconocido como ecuménico y el Credo niceno constantinopolitano fue declarado **universalmente vinculante** (un lazo de unidad entre Oriente y Occidente). El Credo niceno constantinopolitano resulta así la profesión común de todas las tradiciones cristianas.

9. El camino desde la Sagrada Escritura hasta el Credo de Nicea y Constantinopla ha sido largo y continuo a lo largo de la historia, llegando hasta nuestros días. Los cristianos vivimos y celebramos la fe trinitaria cada vez que nos bautizamos, hacemos la señal de la cruz, somos bendecidos y concluimos la oración con el «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo». La liturgia y la vida cristiana están profundamente unidas a este Credo, por lo que se invita a reflexionar sobre su verdadera acogida interior hoy: si realmente entendemos, asumimos y vivimos lo que profesamos cada domingo y lo que eso implica para nuestra vida actual.



10. El Credo de Nicea comienza profesando la fe en Dios, Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra. Hoy, para muchos, Dios y la cuestión de Dios no tienen significado en la vida.

El Concilio Vaticano II recalcó que los cristianos somos en parte responsables de esta situación, porque no damos testimonio de la verdadera fe y ocultamos el auténtico rostro de Dios con estilos de vida y acciones alejadas del Evangelio.